ieee.es
Instituto Español de Estudios Estratégicos

Documento
Opinión

115/2026 9 de noviembre de 2026

Antonio Alonso Marcos *

Guerras de fractura para un nuevo orden internacional



Guerras de fractura para un nuevo orden internacional

Resumen:

Este artículo analiza la situación global desde el prisma de la ruptura de la era de la globalización y de la competición por el primer puesto en la economía mundial entre Estados Unidos y China. El autor hace una descripción de la evolución de las relaciones internacionales desde la caída de la Unión Soviética y propone esta denominación de «guerras de fractura» porque rompen la globalización precisamente en los *choke points*, puntos críticos donde se condensan los flujos de intercambios comerciales y tecnológicos. Las guerras en Ucrania y en Irán entrarían en dicha categoría. En ambos casos se puede comprobar también el cambio radical de postura de la UE, abandonando su tradicional idealismo en favor de una retórica más bien proclive al belicismo —antes que realista—. El resultado será un mundo menos interconectado y globalizado, más bien fragmentado y con escasos intercambios comerciales entre los bloques a los que dé lugar este proceso que dura décadas.

Palabras clave:

Globalización, guerra de fractura, guerra subsidiaria, multipolaridad, Sur Global, unipolaridad.

*__NOTA:__ Las ideas contenidas en los ***Documentos de Opinión*** son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Wars of Fracture for a New International Order

Abstract:

This article analyzes the global situation from the perspective of the breakdown of the globalization era and the competition for world economic dominance between the United States and China. The author describes the evolution of international relations since the fall of the Soviet Union and proposes the term «wars of fracture» because they shatter globalization precisely at choke points —critical points where trade and technological exchanges converge. The wars in Ukraine and Iran fall into this category. In both cases, the radical shift in the EU's stance is also evident, abandoning its traditional idealism in favor of a rhetoric more prone to belligerence than realism. The result will be a less interconnected and globalized world, more fragmented and with limited trade between the blocs emerged from this decades-long process.

Keywords:

Globalization, Global South, multipolarity, proxy war, unipolarity, war of fracture.

Cómo citar este documento:

ALONSO MARCOS, Antonio. *Guerras de fractura para un nuevo orden internacional*. Documento de Opinión IEEE 115/2026.

Introducción

¿Qué tienen en común las guerras de Ucrania, Gaza y Yemen? Se pueden dar muchas explicaciones del panorama geopolítico de los conflictos actuales y esta es solo una propuesta más. El ser humano, como animal racional y social que es, tiende a ver patrones que se repiten y hallar alguna lógica al complejo mundo que se desarrolla delante de sus ojos. Muchas veces, los análisis que se hacen trasladan la idea de que todo es estático, de que los mapas no se mueven, sin tener en cuenta la Historia. Sin embargo, es obligado recordar que en siglos anteriores los dirigentes organizaban el orden internacional a través de guerras y sus consiguientes acuerdos de paz, que poco después rompían, en función de sus intereses nacionales. Así, la guerra no es una excepción en la historia de la humanidad, sino una constante.

¿Es algo arraigado en el alma humana? ¿Es un fenómeno debido a la ambición, la codicia, a la concentración de poder político en unas pocas manos? Por qué esto es así es una pregunta a la que se han enfrentado los estudiosos de la Polemología, pero no es el tema central de este artículo. Que en las últimas décadas, al menos desde 1991, se haya tenido la impresión de que la guerra había quedado desterrada de este mundo es algo que deberá responderse desde la Sociología, la Psicología y las Relaciones Internacionales, pues esa percepción no es más que un espejismo[1].

En efecto, habría que explicar qué mecanismos se han dado para que la opinión pública llegara a creer que los conflictos bélicos habían pasado a mejor vida, que ya no se usaban como un instrumento más en las relaciones entre Estados, siguiendo el razonamiento de Carl von Clausewitz en *De la guerra* (1832), cuando afirmó que «La guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, una gestión de las mismas por otros medios».

De esta manera, se puede hacer un ejercicio de memoria selectiva y pensar que en Europa no ha habido conflictos bélicos desde la Segunda Guerra Mundial, que el mundo ha vivido un tiempo de relativa calma desde 1945 y olvidar todas las guerras de independencia de África y Asia —además de las de Corea, Vietnam y Afganistán—, las

[1] Véase PÉREZ GIL, L.: *La derogación definitiva de la prohibición del uso de la fuerza en las relaciones internacionale*s. Documento de Análisis IEEE 25/2026. Disponible en: https://www.defensa.gob.es/documents/2073105/3614440/ieee-2026-derogacion-uso-fuerza-relaciones-internacionales-analisis25.pdf/.

guerras de guerrillas de América, la limpieza étnica de los Grandes Lagos y los Balcanes, por no hablar de un MENA (*Middle East and North Africa*) en llamas desde la guerra del Golfo y las Primaveras Árabes, además de la Guerra Global contra el Terrorismo.

El espejismo de la paz

Mirar el mundo desde nuestra serenísima atalaya europea —u occidental, pues nunca se ha atacado suelo estadounidense, con la excepción de Pearl Harbour (1941) y el 11 de Septiembre (2001)— nos puede dar una perspectiva del mundo que no se corresponde en absoluto con la realidad. Muchos países viven en precario desde hace décadas, sufriendo el escenario descrito por Thomas Hobbes en su *Leviatán* (1651): «En tales condiciones no hay lugar para la industria... ni conocimiento de la faz de la tierra; ni noción del tiempo; ni artes; ni letras; ni sociedad; y lo peor de todo, el miedo constante y el peligro de una muerte violenta; y la vida del hombre, solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta». Tal parece ser el día a día de miles de millones de seres humanos en nuestro planeta, donde tan solo una cuarta parte disfruta de un nivel de vida decente.

Solo cuando el flagelo de la guerra —o sus consecuencias, sea en forma de refugiados o de subida de precios— ha llamado a la puerta de Europa, algunos ciudadanos del primer mundo han reaccionado, reclamando a sus líderes políticos que tomen algún tipo de medida para resolver el problema. Si en los años noventa parecía que flotaba en el ambiente un afán por la paz, el entendimiento, la diplomacia, la resolución de conflictos, ahora el protagonista en los medios de comunicación es uno de los jinetes del Apocalipsis —que, no nos engañemos, rara vez aparecen en solitario—, la guerra, reclamando castigar con dureza a uno de los bandos, en lugar de mantenerse asépticamente al margen, pidiendo una resolución pacífica del conflicto, sobre la base del Derecho Internacional y a través de los órganos multilaterales.

La construcción del enemigo no es un mecanismo nuevo. El villano, el archienemigo, ha sido señalado con claridad en los últimos años en libros de texto, novelas, cine y medios de comunicación de masas. Eso hacía que la ciudadanía reclamara una acción contundente contra tal personaje. ¿Cómo no recordar aquí a Slobodan Milosevic, Saddam Hussein, Muamar el Gadafi, Hosni Mubarak o Al Asad entre otros? Todos ellos, juguetes rotos, marionetas en manos de las grandes potencias que, en cuanto ya no

resultaron útiles, fueron abandonados y «cayeron en desgracia», perdiendo el poder, los privilegios e incluso la vida.

Aun así, la guerra no es una excepción sino la regla. Parece que la llegada del siglo XXI trajo consigo un cambio de modelo que paulatinamente se va materializando. La UE apostó desde los años cincuenta por extender su modelo —la paz a través del comercio, los derechos humanos por encima de la violencia, la democracia liberal como sistema político supremo, civilización frente a barbarie—. Sin embargo, algo pasó para que en 2016 la Estrategia de Seguridad defendida por la Alta Representante de la Unión para Asuntos Exteriores Federica Mogherini abandonara el idealismo a ultranza expuesto por su predecesor Javier Solana en 2003 —a pesar de la recién comenzada guerra de Irak— y empezara a introducir el *principled pragmatism* como guía inspiradora de su acción exterior.

El siguiente paso, la apuesta por el castigo a Rusia en el documento presentado por Josep Borrell, sucesor de Mogherini, en 2022 —como consecuencia de la recién iniciada guerra en Ucrania— fue presentado como la evolución natural de esa visión europea: del idealismo al realismo.

El punto culminante de dicha evolución se encontraría explicitado ya en marzo de 2026, cuando la presidenta de la Comisión Europea, Úrsula von der Leyen, afirmó que Europa ya no podía ser el guardián del viejo orden mundial basado en normas. Ella misma se vio forzada a matizarlas por el presidente del Consejo Europeo Antonio Costa, pero no fue un desliz sino el melancólico reconocimiento de que el mundo ya no es el que era y que la UE no se puede quedar sola en la defensa del Derecho Internacional, pues nos dejaría en desventaja jugar con unas reglas que ya nadie respeta.

¿Hemos llegado al final de la era de la globalización? ¿Qué características tiene este nuevo mundo? ¿Las guerras actuales se deben a causas profundas o más bien obedecen a un esquema de «voladura controlada» del viejo orden?

El final de la globalización

A finales de 1990 ya era muy evidente que se estaba entrando en un nuevo orden internacional, dejando atrás una era de bipolaridad, ya que ambas superpotencias

estaban llegando a una serie de acuerdos sin precedentes, como los de desarme, que constituyeron lo que se llamó la «arquitectura de seguridad europea». De ahí, que surgieran teorías como las de Samuel Huntington o Francis Fukuyama que apuntaban o a un cambio en la naturaleza de los conflictos o incluso al final de los mismos. Huntington en *El choque de civilizaciones* (1993 y 1996) hablaba no de «guerras de fractura» sino de «guerras de línea de fractura», refiriéndose a enfrentamientos civilizacionales que exacerbaban las diferencias étnicas, culturales o religiosas. Desaparecida la colisión ideológica entre capitalismo y comunismo, las civilizaciones tomarían su relevo. Años más tarde se puso en marcha la Alianza de Civilizaciones como intento para eliminar dicho elemento como iniciador o potenciador de conflictos.

Por su parte, Fukuyama, proclamó en *El fin de la Historia* (1989 y 1992), partiendo de la misma premisa —la «victoria absoluta» de uno de los dos bandos—, pero después corrigió, obligado por los acontecimientos, pues la Historia continuó, como también prosiguieron las guerras y otras dinámicas de poder e influencia.

Conscientes de la preeminencia estadounidense, William Kristol y Robert Kagan fundaron en 1997 el *think tank* denominado *Proyecto para el nuevo siglo estadounidense*, cuyo principal objetivo era diseñar una estrategia y sugerir propuestas concretas para consolidar el liderazgo global estadounidense en el ámbito económico-comercial y militar[2].

El final del siglo XX y el comienzo del XXI constituyó la época de la globalización. Tanto es así que hasta China vio en ella la oportunidad de progresar, subiéndose al carro de la prosperidad propiciada por el modelo capitalista —ingresando en la Organización Mundial de Comercio a finales de 2001—, logrando un crecimiento anual del Producto Interior Bruto de dos cifras hasta la crisis de 2008. Ese año de quiebra de la economía global coincidió con una abierta contestación contra la hegemonía estadounidense: la invasión de Afganistán (2001) apenas encontró una oposición inmediata, mientras que la de Irak (2003) fue discutida desde antes de producirse, y se pidió la retirada

[2] Véase KRISTOL, W. y KAGAN, R.: «Toward a neo-Reaganite foreign policy», *Foreign Affairs,* 4, 1996, pp. 18-32. Disponible en: https://doi.org/10.2307/20047656.

estadounidense de Afganistán (2006) y Vladimir Putin calificó la expansión de la OTAN como una amenaza para Rusia en la Conferencia de Seguridad de Munich de 2007[3].

El nacimiento de un nuevo sistema internacional

Para 2007 ya empezaban a circular rumores acerca de cuáles eran las verdaderas motivaciones de Estados Unidos para lanzar una serie de campañas bélicas en la zona. En una entrevista, el general estadounidense Wesley Clark —comandante supremo aliado en Europa (SACEUR) de la OTAN de 1997 a 2000— reveló que tras el 11 de Septiembre visitó el Pentágono y un compañero suyo le había enseñado un documento revelador: «Este es un memorando que describe cómo vamos a acabar con siete países en cinco años, empezando por Irak, y luego Siria, Líbano, Libia, Somalia, Sudán y, para terminar, Irán»[4]. Solo hay especulaciones acerca de por qué Estados Unidos estaría interesado en llevar a cabo dicho plan, lo que es irrefutable es que aquel país ha intervenido militarmente en todos ellos. También hay dudas acerca de si los auténticos propósitos para iniciar cada una de esas campañas eran auténticos. Atendiendo al último, ¿por qué el presidente Donald Trump decidió atacar Irán el 28 de febrero de 2026?

Las guerras tienen un sentido político y se hacen por algo, para conseguir un objetivo. Así ha funcionado la humanidad durante siglos. Cuando parecía que como especie habíamos realizado un cambio profundo en la manera de gestionar las relaciones entre Estados —abjurando de la guerra tras el inmenso desastre colectivo de la Segunda Guerra Mundial—, resultó que solo habíamos adoptado una especie de barniz más o menos civilizado. Así, en lugar de prohibir la guerra —como se hizo tras la Gran Guerra—, simplemente se creó una organización internacional —la Organización de las Naciones Unidas— donde poder hablar sobre la conveniencia o no de contenerla o incluso directamente condenarla, pero sin llegar a tomar algún tipo de medida realmente eficaz

[3] Este tema genera hoy controversia, pero un estudio desapasionado de los documentos arroja el resultado de que, en efecto, los presidentes estadounidenses eran conscientes de que Rusia consideraba la expansión de la OTAN hacia el este como una provocación. Así lo atestiguan numerosos documentos del archivo de la Casa Blanca. El senador Joseph Biden lo reconoció en un conocido discurso ante el *North Atlantic Council* en 1997.

[4] Véase «Gen. Wesley Clark Weighs Presidential Bid: “I Think About It Every Day”», *Democracy Now!* 2 de marzo de 2007. Disponible en: https://www.democracynow.org/2007/3/2/gen_wesley_clark_weighs_presidential_bid

para resolver los problemas de fondo que habían llevado a los países al enfrentamiento bélico, aunque sí fue más eficaz para resolver los problemas entre las grandes potencias.

La Carta de San Francisco de 1945, la Resolución 2625 (XXV) de la Asamblea General ONU sobre principios de *ius cogens* en 1970 y la firma del Acta Final de Helsinki en 1975, además de todo el entramado de protección de los derechos humanos —tanto en la ONU como en otras organizaciones regionales—, son los pilares de referencia de este edificio que aspira a construir una humanidad en paz. Buscaban sentar las bases de una arquitectura de seguridad colectiva, donde la seguridad de uno es la seguridad de todos y donde la seguridad de uno no puede hacerse a expensas de la de los demás. Y, aunque las guerras siguieron existiendo, se tenía como punto de referencia moral o aspiracional dicho entramado. En la actualidad, ya nadie añora algo semejante y las declaraciones de los líderes políticos —las palabras, las obras, los gestos, las decisiones, todo— van más bien en otra dirección. Los jefes de Estado y de gobierno ya no hablan de paz, negociación o diálogo, sino de rearme y de guerra.

Tampoco la UE está ya por la labor de buscar la paz a través del comercio, lo que fue su elemento fundacional y cohesionador y su motor de expansión durante décadas. Se ha vuelto más agresiva. Y así como Estados Unidos sufrió un cambio de mentalidad al pasar del sueño dulce del «momento unipolar» descrito por Charles Krauthammer a comienzos de 1990[5] a la realidad del paulatino *sorpasso* de China, la UE también se ha tomado su tiempo para pasar del pensamiento mágico de la eficacia de su poder normativo a los duros reveses de las revoluciones de colores, las primaveras árabes y las respuestas de los países del vecindario europeo a su agenda ideológica, desembocando en los golpes dados sobre la mesa por la Rusia de Putin en Georgia (2008) y Ucrania (2014 y, sobre todo, 2022). Después de décadas de Guerra Fría y de preeminencia estadounidense, en España se acepta como algo natural que Estados Unidos esté presente a miles de kilómetros de Washington en Oriente Próximo o que su opinión sea considerada como relevante cuando su Congreso se pronuncia acerca de Ceuta y Melilla, pero si se examina su acción con detenimiento es inevitable preguntarse por qué se asume como premisa de partida que eso debe ser así.

[5] Véase KRAUTHAMMER, C.: «The unipolar moment», *Foreign Affairs,* 1, 1990, pp. 23-33. Disponible en: https://doi.org/10.2307/20044692.

Hoy es fácil detectar esa tendencia que se inicia a comienzos del siglo XXI donde la UE y la OTAN apostaron por una ampliación hacia el este que Rusia percibió —y aún percibe— como amenaza, respondiendo primero tímida y torpemente, víctima del factor sorpresa, pero de forma más contundente y violenta después. Aun así, hay que reconocer que la respuesta rusa se enmarca en una típica escalada de un dilema de seguridad: un Estado teme que otro le pueda atacar y se enzarzan en una carrera de armamentos y de alianzas militares.

Francisco J. Ruiz González señaló que los documentos de la OTAN reflejaban desde su ampliación en 2004 una «dicotomía irresoluble» entre los temores de los nuevos socios —que percibían a Rusia como una bestia negra— y los más antiguos —que no llegaban a considerarla como tal—, y que estos últimos tenían que lidiar con esa situación[6]. Recordaba, además, en dicho artículo las palabras del embajador estadounidense en Moscú, Michael McFaul: «Desarrollar políticas para contener a los enemigos o abrazar a los aliados es fácil; configurar políticas hacia Estados estratégicamente importantes como Rusia, que no son ni amigos ni enemigos, es mucho más difícil»[7].

Mucho ha cambiado el mundo y la percepción que hay en Bruselas acerca de Rusia: el consenso entre los aliados es ahora mucho más amplio y más consolidado que en 2012. La OTAN y la UE han abandonado la diplomacia y la negociación y solo están interesados en presionar al Kremlin, castigarle económicamente y desgastarle estratégicamente, alimentando —en todos los sentidos— de paso al país invadido. Por supuesto, aún existen canales de diálogo abiertos que comunican ambos lados de Europa, pero el enconamiento de las relaciones con Rusia es evidente. Así lo atestiguan la cantidad de mecanismos e iniciativas que se han puesto en marcha en los últimos cinco años, entre los cuales estaría la Coalición de los Dispuestos o la firma de memorandos bilaterales entre Ucrania y la práctica totalidad de países de la OTAN.

En el ámbito estrictamente de la UE, ha comenzado la adquisición conjunta de armamento a través de compras centralizadas, fondos de subvención y la simplificación

[6] RUIZ GONZÁLEZ, F. J.: *Las relaciones OTAN-Rusia tras la Cumbre de Chicago*. Documento de Análisis IEEE 24/2012, p. 6. Disponible en: https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7468728.pdf.
[7] MCFAUL, M.: «Realistic engagement: A new approach to American–Russian relations», *Current History,* 648, 2001, pp. 313-321. Disponible en: https://doi.org/10.1525/curh.2001.100.648.313.

de normas industriales: el instrumento EDIRPA para compras urgentes coordinadas[8], el Programa para la Industria de Defensa Europea (EDIP) para fondos a medio plazo y la Agencia Europea de Defensa (EDA) como facilitadora de contratos conjuntos. Todo esto aparte del nombramiento de Andrius Kubilius como primer comisario de Defensa —algo sobre lo que ya se especulaba antes de que von der Layen acabase su primer mandato—, previa elaboración del extenso Informe Ninisto que justificaba tal toma de decisiones.

Según parece, las grandes potencias desdeñan hoy la diplomacia porque les hace parecer débiles, dejando la guerra como única vía de resolución de conflictos. Esta es tan solo un instrumento, una herramienta que —lamentablemente— deja un reguero de sangre y destrucción, pero que genera en los ciudadanos la opinión de que hay que pagar un precio muy alto para construir un mundo más justo —según la perspectiva de cada uno, sea lo que sea que eso signifique—, precio que debe ser pagado con gusto porque es lo mejor. Dicho de otra manera, parece que si se quiere construir un sistema internacional nuevo, con nuevas reglas, eso no vendrá por sí solo, ni gratis, sino pasando por ese trauma colectivo que es la guerra. Así, si se quieren cortar lazos con Rusia y China, ¿cómo se podría justificar ante la ciudadanía occidental?

Sensu contrario, Rusia podría acabar con la guerra de Ucrania rápidamente recurriendo a golpes aún más letales y masivos de lo que lo hace en la actualidad y —sobre todo— a como lo hizo en el primer año de guerra. Sin embargo, no lo hace por incapacidad material ni por cortapisas morales o éticas, sino porque uno de los objetivos políticos de esta guerra de fractura es, precisamente, cortar lazos con la UE y construir otra globalización fragmentada, formando un bloque más enfocado hacia el Sur Global. Ese sería uno de los motivos por los cuales la prolongación de la contienda tendría sentido según los cálculos del Kremlin, donde parece claro que su objetivo no sería la conquista del territorio ucraniano, ni mucho menos la invasión de toda Europa, sino romper relaciones con el resto del continente.

Se podrá especular acerca de quién es el responsable de este divorcio en ciernes —o ya iniciado, materializado en los sucesivos paquetes de sanciones de la UE contra Rusia—, y se escucharán distintas versiones: para los dirigentes occidentales, Putin es

[8] EDIRPA son las siglas para *European Defence Industry Reinforcement through common Procurement Act*, el Instrumento para el Refuerzo de la Industria Europea de Defensa mediante la Adquisición Común.

un expansionista que no respeta los mínimos derechos humanos, un sanguinario, una especie de nuevo Hitler[9], mientras para Putin, ellos están afectados por una rusofobia desaforada que busca desconectar a Rusia de su entorno más próximo, aislarla, estrangularla económicamente, desmembrarla y usurparle sus recursos naturales. Sea como fuere, el resultado último es que esta es una guerra de fractura que daría paso a un mundo donde Rusia ya no esté conectada con el resto de Europa sino volcada hacia Asia.

Con este tipo de guerras, se van rompiendo los lazos, los vínculos entre los países que serán parte de un bloque distinto y antagónico. Por eso también se podrían llamar guerras de fragmentación, porque el resultado final es la ruptura de una globalización homogénea en varios fragmentos, como si alguien hubiera machacado una estatua de mármol para que acabara rota en varios trozos de tamaño considerable.

Este marco conceptual —que no aspira a ser defendido como una verdad absoluta, sino como propuesta para plantear otros enfoques de análisis— ayuda a entender la guerra de Ucrania de una manera distinta a la acuñada como «guerra de agresión no provocada e injustificada contra Ucrania» (*unprovoked and unjustified war of aggression against Ukraine*). Acusar ahora a Rusia de ser una especie de abusón que no respeta a su vecina Ucrania, cuando Rusia lleva interfiriendo en la política ucraniana desde el primer momento de la independencia, no desde 2014 ni desde 2022: o denunciar que ataca a un país soberano, como si nadie lo hubiera hecho en los últimos treinta años; o justificar el apoyo occidental a Ucrania cuando no es ni miembro de la UE ni de la OTAN; todo esto deja muchas lagunas sin explicar. ¿Y si se toma en consideración que es una guerra de desgaste contra Rusia, un aliado poderoso que podría socorrer a China en un eventual y futurible conflicto bélico con Estados Unidos[10]?

Para que esta última hipótesis tuviera sentido tendría que existir ya una guerra entre ambos actores, cosa que aún no se ha materializado. Sin embargo, es una posibilidad con la que se viene especulando desde hace bastante tiempo, cuando algunos autores

[9] Véase también «Merz compara a Putin con Hitler tras el pacto de Múnich de 1938», *Swissinfo*. 13 de diciembre de 2025. Disponible en: https://www.swissinfo.ch/spa/merz-compara-a-putin-con-hitler-tras-el-pacto-de-m%C3%BAnich-de-1938/90633314

[10] Véase FERNÁNDEZ APARICIO, J. y PÉREZ GIL, L.: «Las relaciones ruso-chinas en el período de la guerra en Ucrania», *Documento de Análisis IEEE* núm. 10/2026. Disponible en: https://www.defensa.gob.es/documents/2073105/3332608/relaciones_ruso-chinas_2026_dieeea10.pdf

alertaron sobre la *emerging China* y el «peligro amarillo»[11]. Además, sí existe un conflicto entre ambos, materializado en forma de guerra comercial —que es un instrumento más de guerra económica, menos terrible que una guerra convencional, según algunos autores—. A esta habría que sumarle dos elementos más. El primero es que China ha perdido todo temor a lo que Estados Unidos le pueda decir, por lo que ya se atreve a responderle públicamente ante cualquier declaración o actuación que no sea de su agrado, tratándole en pie de igualdad. El segundo elemento es que China ha dado un fuerte impulso a la adaptación y modernización de su industria militar. Ambos parecen indicar en la misma dirección: enfrentamiento, que podrá ser más o menos abierto y declarado, dependiendo de la voluntad de las partes, de hasta dónde quieran llevar las tensiones.

Este peligro ya lo previó Henry Kissinger en los años setenta y Graham Allison más recientemente en su *Trampa de Tucídides*[12]. Kissinger trabajó todo lo posible por conjurar ese escenario; Allison lo ve casi inevitable. Sea como fuere, esta sería una muestra más de las guerras de fractura, de ruptura del vigente orden internacional a uno nuevo donde o bien Estados Unidos mantendrá su liderazgo[13] —otra cuestión es saber por cuánto tiempo, como le pasó a Esparta frente Atenas tras las guerras del Peloponeso—, o bien China se lo arrebate. Así, la restructuración de Oriente Próximo que está actualmente en curso en Ormuz también parece obedecer a este pulso que mantienen Estados Unidos y China de forma más o menos velada.

Hay que tener en cuenta, por último, que las relaciones internacionales no se crearon en 2020, sino que se nutren de sucesos que acaecieron y decisiones que se tomaron en los siglos precedentes y que hoy no pueden ser simplemente ignorados y despreciados. Esto es válido no solo para entender cómo unos países reaccionan ante las acciones de otros, sino también para ver qué argumentos esgrimieron, qué principios enarbolaron para defender sus causas, y si eso es coherente con cómo se hace hoy. De hecho, la acusación de doble rasero es una de las más dolorosas —y más habituales— en los

[11] Véase CANCIAN, M. y HEGINBOTHAM, E.: *The First Battle of the Next War: Wargaming a Chinese Invasion of Taiwan.* CSIS. Rhode Island, Washington, 23 de enero de 2023. Disponible en: https://www.csis.org/analysis/first-battle-next-war-wargaming-chinese-invasion-taiwan.

[12] Véase ALLISON, G.: *Destined for War: Can America and China Escape Thucydides's Trap?* Houghton Mifflin. Harcourt, 2017.

[13] Véase FRIEDMAN, G.: *The Next 100 Years. A forecast for the 21st Century*. *Random House*. Nueva York, 2010.

foros internacionales, y una de las que más discusiones infinitas provocan, impulsadas por un interminable «y tú más» o «y tú antes».

Conclusiones

A modo de conclusión, se podría afirmar que estas guerras de fractura son muy similares a las guerras por delegación que se dieron en la Guerra Fría, cuando se enfrentaban ambas superpotencias de manera indirecta, a través de intermediarios. Ahora, la guerra se da directamente entre las grandes potencias —la guerra de Ucrania es en realidad una guerra entre Rusia y la OTAN—, pero todas ellas disimulan y fingen ante la opinión pública no darse cuenta de ello para no verse forzados a enviar tropas masivamente ni actuar con toda la potencia de la que son capaces. De esta manera, la guerra se mantiene en un nivel de baja intensidad y se prolonga en el tiempo. Así se va propagando entre la opinión pública una cierta «inevitabilidad del conflicto», configurando al «otro» como enemigo y justificando toda clase de acciones contra él.

Paradójicamente, aunque todas son públicas y suceden ante nuestros ojos, parece que no somos conscientes de la gravedad de los hechos ni de lo trascendental de las consecuencias de las decisiones de nuestros dirigentes políticos. Todo apunta hacia una guerra abierta, pero se quiere restar importancia y seguir adelante como si nada pasara. De hecho, Rusia ya ha lanzado municiones de una potencia desmesurada y eso no ha inspirado terror en la población europea.

Además, aun cuando las grandes potencias esgriman nobles principios para comenzar conflictos bélicos, la realidad es que la última razón de estas guerras es la propia supervivencia del Estado entendida en sentido amplio, no solo la integridad territorial sino también el acceso a recursos naturales que permitan un desarrollo económico superior al del resto, pues la aspiración de los Estados considerados como grandes potencias es simplemente mantener su estatus, sino tener una ventaja estratégica que les permita ser superiores a los demás. En décadas previas esto se hacía a través de una carrera por asegurarse fuentes de energía suficientes, mientras hoy se lucha por acaparar el acceso a recursos críticos, esenciales para los nuevos desarrollos tecnológicos: nuevos materiales, IA, computación cuántica.

En el nuevo mundo que está naciendo, el Derecho Internacional se respeta menos y se ignora más el papel de las instituciones multilaterales para trabajar conjuntamente por la paz, si es que eso no fue una ilusión, si es que alguna vez hemos vivido realmente en un mundo así.

*Antonio Alonso Marcos**

Profesor Titular de Ciencia Política y de la Administración
Universidad San Pablo-CEU, CEU Universities